

El 1.º de enero de 1901, la circunstancia de ser el primer día del siglo XX dió un realce particular á las recepciones oficiales del Elíseo. En nombre del cuerpo diplomático, el nuncio de Su Santidad, monseñor Lorenzelli, dirigió una expresiva felicitación al presidente de la República, que contestó con una alocución congratulándose de que, durante el año transcurrido, hubiesen aumentado entre las naciones los sentimientos de recíproca confianza y de mutuo celo por los intereses superiores de la civilización.

Como Loubet se interesaba por todas las obras de caridad, aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para adherirse á ellas. Obedeciendo á ese sentimiento acudió, en 21 de febrero, á la asamblea general de la Sociedad de asistencia á los niños tuberculosos, reunida en la Sorbona, donde pronunció un gran discurso sobre las victorias alcanzadas contra la enfermedad y contra la muerte por aquella institución.

El presidente Loubet aprovechó las vacaciones de Pascua para hacer un viaje á Niza y á Tolón, que tuvo los más felices resultados para la política exterior de Francia.

Hacia tiempo que Francia é Italia se hallaban separadas por graves faltas de inteligencia, que Crispi había tratado de enconar varias veces. Ya era hora de operar con los vecinos de allende los Alpes una conciliación basada en los intereses recíprocos de las dos grandes naciones en el Mediterráneo. El 7 de abril, Loubet salió de París, acompañado del Sr. Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros, del general André, ministro de la Guerra, y de los secretarios generales de la Presidencia. Llegaron el 8 á Niza, cuyo Ayuntamiento obsequió aquella misma noche al jefe del Estado con un gran banquete en que el alcalde y Loubet pronunciaron patrióticos discursos. Después del banquete, el presidente recibió á los individuos que constituían las mesas de los Sindicatos y de las sociedades de socorros mutuos, como también á los delegados de la Bolsa del trabajo, en número de unos quinientos. Después de otro discurso del alcalde, Loubet contestó con una alocución en que se declaró entusiasta partidario de la mutualidad y de las obras sindicales. Los representantes de los sindicatos hicieron entonces al jefe del Estado una calurosa ovación, á la cual asociaron el nombre de Waldeck-Rousseau.

Al día siguiente, por la mañana, el presidente de la República, acompañado del general Dubois y del señor Combarieu, secretarios generales de la Presidencia, fué á visitar, sin aparato alguno, la tumba de Gambetta, sobre la cual hizo depositar una corona de violetas. Después de aquella piadosa peregrinación, visitó las obras del puerto y los hospitales, siendo objeto de repetidas ovaciones populares. A las doce acudió al banquete ofrecido por el Consejo general y entre cuyos comensales figuraban casi todos los alcaldes del departamento. A los postres, el presidente del Consejo general y diputado Sr. Rouvier pronunció un discurso afirmando que el desarrollo de las escuelas, de las vías de comunicación, de los puertos y de la organización militar defensiva del departamento era evidente prueba de lo mucho que se interesaban por la prosperidad del mis-

mo los poderes públicos, por cuya razón debían darse calurosas gracias al gobierno de la República.

Loubet contestó elogiando el espíritu de laboriosidad, de moderación y de paz social que reinaba en el departamento de los Alpes Marítimos y brindó por la unión de los habitantes del país, por la Francia y por la República.

Después del banquete, el jefe del Estado asistió, en el paseo de los Ingleses, al desfile de las sociedades de socorros mutuos y de las sociedades obreras, y el presidente de la Unión de las sociedades le entregó un álbum que por suscripción le ofrecían los mutualistas de Niza.

El presidente de la República fué visitado en la Prefectura por el príncipe Fernando de Bulgaria y luego por el gran duque Boris Wladimirovitch, primo del emperador de Rusia, á quienes devolvió momentos después la visita. Al atardecer, varios coches de la Presidencia que venían de Villafranca condujeron á la Prefectura al almirante Birileff, comandante de la escuadra rusa que se encontraba accidentalmente en el Mediterráneo, y los oficiales de su estado mayor. Fueron recibidos en el acto por el presidente. Al presentar á los oficiales que lo acompañaban, el almirante dijo á Emilio Loubet que tenía encargo de presentarle los respetos personales del emperador de Rusia.

El 10 de abril, por la mañana, muy temprano, el presidente de la República y los ministros, acompañados de las autoridades civiles y militares de la ciudad y del departamento, salieron de Niza, en landós escoltados por coraceros. A su llegada á Villafranca, el presidente fué recibido por el ministro de Marina, Sr. de Lanésán, por el almirante Bienaimé, jefe de estado mayor general, y por el alcalde acompañado del Ayuntamiento en masa. En el muelle le dieron la bienvenida el vicealmirante Maigret, comandante de la escuadra del Mediterráneo, los oficiales de su estado mayor y el almirante Birileff, que le invitó á visitar el *Alejandro II*, en cuyo salón de honor el presidente y el comandante de la escuadra rusa cambiaron dos brindis. Loubet se embarcó luego en el *San Luis* que había de conducirlo á Tolón y que pasó por entre los demás buques franceses y los barcos rusos, mientras unos y otros hacían salvas de veintidós cañonazos, entre aclamaciones y hurras de los tripulantes y toques de cornetas y tambores. Cuando el *San Luis* hubo salido de la rada, los fuertes saludaron al pabellón presidencial con ciento y un cañonazos y la escuadra hizo rumbo hacia Tolón.

Por la tarde, recibió allí la visita del príncipe Tomás de Saboya, duque de Génova, tío del rey de Italia y almirante de la flota italiana, que entregó á Loubet, de parte de Víctor Manuel, el collar de la Anunciata. El presidente de la República recibió luego al comandante y á los oficiales del acorazado español *Pelayo*. El señor Díaz Moreu dijo que celebraba haber sido designado para ofrecer los saludos de la reina regente al jefe del Estado francés. Loubet dió las gracias al comandante, diciéndole que se felicitaba de los lazos de simpatía que unían á España y Francia y rogándole que presentase á la reina sus homenajes respetuosos.

El presidente devolvió inmediatamente después la visita al duque de Génova, á bordo del *Lepanto*, donde ambos personajes tuvieron una conversación íntima.

Por la noche, el presidente de la República obsequió al duque de Génova con una comida en el arsenal, á la que estuvieron invitados los ministros y los jefes de las escuadras francesa y extranjeras. Loubet brindó en primer lugar por los reyes de Italia, por el duque de Génova, por la familia real, por la marina y por la nación italiana. El duque de Génova contestó con otro brindis al presidente, á la marina, al ejército y á la nación francesas. Contra la costumbre de escuchar en silencio, los oficiales saludaron estos brindis con calurosos aplausos. Después brindó Loubet por Alfonso XIII, por la reina regente, por la marina y por la nación españolas, y pronunció finalmente un tercer brindis envolviendo en un mismo homenaje á los marinos rusos y franceses.

Inmediatamente después de haberse retirado el duque de Génova, Loubet telegrafió al rey de Italia dándole las más expresivas gracias por el collar de la Anunciata y haciendo votos por la gloria de su reinado, por la felicidad de la reina, por la feliz realización de las próximas esperanzas de la familia real y por la prosperidad de Italia, amiga de Francia. El mismo día, recibió el presidente esta contestación:

«A Emilio Loubet, presidente de la República francesa.—Tolón.

»Doy vivas gracias á Vuestra Excelencia por sus amables palabras y por la cordial acogida hecha á mi tío el duque de Génova y á la escuadra italiana.

»La reina se une á mí para expresaros toda nuestra gratitud por vuestros votos de felicidad.

»A mi vez hago los votos más sinceros por vuestra persona y por la prosperidad de la Francia amiga de Italia.

«VÍCTOR MANUEL.»

El presidente consagró la mayor parte de la mañana del 11 de abril á la visita de los hospitales y de la Casa Consistorial de Tolón. Almorzó con el duque de Génova á bordo del *Lepanto*, donde se pronunciaron nuevos brindis encaminados á afirmar cada vez más la reanudación de la amistad franco-italiana. Después del almuerzo, Loubet visitó los submarinos *Gustavo Zedé* y *Gymnote* y los astilleros de la Seyne, siendo ovacionado por la población en masa de esta localidad. El Ayuntamiento de Tolón le obsequió aquel mismo día con un banquete en el Gran Teatro, al que asistieron el duque de Génova y el Sr. Díaz Moreu y en el que pronunciaron grandes discursos el alcalde, Sr. Micholet, y el jefe del Estado. Terminado el banquete, Loubet marchó á Montelimar, donde pasó algunos días con su familia antes de regresar á París.

El 20 de agosto se anunció que el emperador de Rusia había aceptado la invitación del presidente de la República á asistir al final de las grandes maniobras que habían de ejecutarse en las inmediaciones de Reims.

El 17 de septiembre, Loubet salió de París para Dunkerque con los ministros, á fin de recibir á los soberanos rusos; embarcado el 18 en el *Cassini*, con el presidente del Consejo y el ministro de Negocios Extranjeros, Emilio Loubet abordó el yate imperial *Standart*, desde el cual pasó la revista de la escuadra del Norte en compañía del emperador y de la emperatriz.

En el banquete celebrado en la Cámara de comercio de Dunkerque, el presidente de la República y el zar cambiaron brindis de mutua consideración y amistad extensivas á ambas naciones.

Del palacio de Compiègne, que les había sido destinado como residencia durante su permanencia en Francia, el zar y la zarina partieron el 19 de septiembre para las grandes maniobras del Este, y en el almirantazgo militar del fuerte de Witry-les-Reims, el presidente de la República y el emperador volvieron á pronunciar brindis de mucho afecto.

Después de una visita á la casa del ayuntamiento y á la catedral de Reims, Loubet y sus huéspedes regresaron á Compiègne, donde pasaron el día 20. Por la noche antes de la función teatral hubo una comida de



Pablo Derouledé

gala. Al día siguiente tuvo efecto la revista de Betheny, en que desfilaron cuatro cuerpos de ejército, con un total de 120.000 hombres, 20.000 caballos y 400 cañones. Después de la revista, el emperador y la emperatriz pasaron la frontera francesa, y Nicolás II, antes de partir, envió al presidente de la República el siguiente telegrama:

Pagny-sur-Moselle, á las 9 y 40 tarde.

»A Su Excelencia M. Emilio Loubet, presidente de la República Francesa.—París.

»Bajo la impresión luminosa de algunos días pasados en Francia, queremos la emperatriz y yo repetiros la viva expresión de los sentimientos que nos animan al abandonar el suelo francés.

»Profundamente emocionados, os rogamos, señor presidente, que aceptéis nuestra sincera gratitud y os dignéis ser el intérprete de ella cerca de todos los que, con impresionable cordialidad, han tomado parte en las manifestaciones de que hemos sido objeto.

»Damos sinceras gracias á la nación francesa, tan querida y apreciada de Rusia, añadiendo á ellas nuestros votos más calurosos.—NICOLÁS.»

Las manifestaciones pacíficas de la Exposición y las provocadas por la visita de los soberanos rusos á Francia habían parecido calmar la política interior del país. Pero los partidos no saben ni pueden vivir en la inac-

ción. El ministerio Waldeck-Rousseau había triunfado en su obra de defensa y consolidación de la República. Para él y para la mayoría que lo sostuviera había llegado la hora de la acción. Inspirándose en la idea que presidió á la constitución de su gabinete, Waldeck-Rousseau se propuso realizar las promesas republicanas aun no cumplidas, empezando por las que, no habiendo parecido nunca temerarias á ningún republicano, representaban, por decirlo así, todos los artículos del programa común.

En el orden político, la parte capital de la obra del gabinete Waldeck-Rousseau fué, indudablemente, la elaboración, discusión y voto de la ley sobre las asociaciones. Hacía veinticinco años que el problema estaba planteado y urgía resolverlo.

Por una parte, había que redimir á las asociaciones lícitas de las obligaciones draconianas que les imponía una legislación anticuada y someterlas al derecho común.

Por otra parte, se quería detener el desarrollo de las congregaciones religiosas que tendían á la creación de un Estado dentro del Estado y á la usurpación de toda autoridad.

La discusión del proyecto de ley sobre las asociaciones empezó, en la Cámara, el 17 de enero de 1901, duró cerca de tres meses y permitió á los juriconsultos más sabios, á los oradores más brillantes de todos los partidos, lucir su talento. Viviani, Renaud-Morliere, Ribot, Piou, Mun, Trouillot, Waldeck-Rousseau sostuvieron incomparables justas oratorias, sobresaliendo entre todos, por su talento sin igual, el presidente del consejo.

En el Senado la discusión fué más rápida que en la Cámara, y la ley se promulgó el 1.º de julio de 1901. Los Sres. Combes y Vallé secundaron muy bien á Waldeck-Rousseau en la defensa del proyecto de ley. La ley de asociaciones fué promulgada y ejecutada sin debilidad, á pesar de los subterfugios de toda clase por medio de los cuales se trató de eludirla ó burlarla. Consagró el principio de libertad necesaria á las asociaciones legítimas para su vida y desenvolvimiento y puso término al abuso que las asociaciones ilícitas hacían de este principio contra la sociedad civil.

A estas medidas políticas se añadieron otras de alcance social y nacional, reclamadas de antiguo por la democracia republicana, tales como la reforma de las sucesiones, la reforma del régimen de las bebidas alcohólicas, con la disminución del impuesto sobre las bebidas higiénicas; la reforma de los derechos de consumos en beneficio de los objetos de primera necesidad; la ley sobre la duración del trabajo en los talleres y manufacturas; la ley de sanidad; la organización de la enseñanza técnica profesional y las bases para la ley de retiros de obreros.

El gabinete Waldeck-Rousseau no descuidó los intereses de la agricultura. Bajo su dirección se desarrollaron el crédito agrícola y el seguro mutuo. Creóse un negociado de informes agrícolas en el ministerio del ramo, y, gracias á la ley de 25 de diciembre de 1900 sobre las cajas regionales de crédito agrícola, se crearon numerosas cajas que pudieron atenuar la violencia de las crisis agrícolas, harto frecuentes en Francia.

Tales fueron, en globo, los resultados de la política

interior seguida por el ministerio Waldeck-Rousseau.

Pero la minoría, vencida en el parlamento, se reservaba apelar al país y dar, en las elecciones legislativas de abril y mayo de 1902, la última batalla. Esta minoría se componía de realistas, bonapartistas, nacionalistas, republicanos conservadores de nuevo cuño y algunos republicanos de abolengo extraviados por pasiones de partido. La *Patria francesa* agrupó este núcleo de antiministeriales y les impuso su dirección y su disciplina electoral, sosteniéndoles con recursos pecuniarios procedentes de suscripciones. El clero católico unió su acción á la de la *Patria francesa* y de los adversarios de la política ministerial. En febrero empezó la lucha electoral, con inaudito ardor, en toda Francia. La *Alianza republicana democrática*, presidida por el senador Magnin, desempeñó un gran papel durante aquel animado período electoral. La gran mayoría de los candidatos republicanos elegidos en abril y mayo de 1902 se habían adherido implícita ó explícitamente á su programa, que se inspiraba en los consejos dados á la mayoría republicana por Waldeck-Rousseau. Las elecciones fueron un triunfo para la política ministerial. De los 589 diputados electos, 339 pertenecían á la unión republicana. Después de aquel triunfo, Waldeck-Rousseau, creyendo haber realizado la obra de defensa republicana cuyo programa había trazado al asumir la presidencia del consejo, tomó la resolución de dimitir. Por otra parte, los tres años de trabajo continuo y de responsabilidad permanente que acababa de atravesar, habían quebrantado su salud y exigían descanso.

Entre los acontecimientos importantes del año 1902, relacionados con la historia republicana, figuran la muerte, acaecida el 30 de septiembre, del eminente escritor Emilio Zola, y la fiesta del centenario de Víctor Hugo.

Aquella solemnidad, que reunió á todos los pensadores del mundo en un concierto de admiración unánime, se celebró en el Panteón, el 26 de febrero, bajo la presidencia de Loubet. Los Sres. Leygues y Hanotaux fueron los dignos intérpretes del homenaje rendido por la Francia al genio de uno de sus hijos más ilustres, y la Comedia Francesa prestó sus mejores artistas, Mounet-Sully, la Bartet y la Segond-Weber, para hacer resonar la lira del poeta en el alma de los asistentes.

Inauguróse en la plaza de Víctor Hugo el monumento creado por el cincel de Barriás, y la fiesta de la plaza de los Vosgos coincidió con la apertura del Museo Víctor Hugo.

Aquella manifestación repercutió en provincias y en el extranjero. Nantes, Toulouse, el Havre, Ajaccio, Montpellier y Chalons-sur-Marne se distinguieron particularmente en la glorificación del gran poeta nacional. Praga, Londres, Budapest, Atenas, Bruselas, Madrid y Milán se asociaron á la conmemoración francesa.

Al retirarse, Waldeck-Rousseau indicó al presidente de la República los Sres. Combes y Rouvier como los hombres más á propósito para sucederle. El 7 de junio, Combes constituyó el nuevo gabinete, eligiendo, con la presidencia, la cartera del Interior y de Cultos, y tomando por colaboradores á los Sres. Vallé en Gracia y Justicia, Delcassé en Negocios Extranjeros, Rouvier en Hacienda, general André en Guerra, Pélletán en Marina, Chaumié en Instrucción Pública y Bellas Artes, Trouillot en Comercio, Industria, Correos y Telégrafos,

Maruejous en Obras Públicas, Mougeot en Agricultura y Doumergue en Colonias.

Puede decirse que toda la actividad del ministerio Combes se aplicó á continuar la lucha contra las congregaciones. En este sentido se formó en la Cámara una mayoría compacta que mereció el nombre significativo de «Bloque».

Sin entrar en todos los detalles de aquella lucha, conviene señalar el método adoptado por el ministerio y la mayoría para aplicar la ley sobre las congregaciones. En vez de examinar una por una las solicitudes de autorización formuladas por las congregaciones, se dividió á estas en tres grupos: las docentes, las predicantes y la comerciante de los Cartujos. Para cada grupo, el gobierno resolvió fundir todas las solicitudes de autorización en un solo proyecto, con tantos artículos como solicitudes particulares de autorización, invitando á la Cámara á que se negase á pasar á la discusión de los artículos. De este modo se llegó de un golpe y con una sola votación á ordenar la dispersión de las congregaciones comprendidas en cada uno de los tres grupos.

A pesar de la oposición formulada por Leygues en la Cámara y por Waldeck-Rousseau en el Senado, esta manera de proceder mereció la aprobación de la mayoría y fué adoptada.

Los discursos pronunciados en el Senado por Waldeck-Rousseau contra la política del ministerio Combes fueron los últimos ecos de la elocuencia del gran orador.

Waldeck-Rousseau murió, en efecto, el 10 de agosto de 1904, en su casa de campo de Casteljoli, cerca de Corbeil. Padece una afección del hígado, que se había agravado en pocos meses. Una primera operación había hecho pronosticar un fin próximo, y sucumbió á consecuencia de una segunda operación. La pérdida de un hombre de tan eminentes cualidades como las que reunía Waldeck-Rousseau fué considerada por todos los republicanos como una desgracia pública.

Como Gambetta, como Julio Ferry, Waldeck-Rousseau no tenía necesidad de las pompas del poder para imponerse á la atención del pueblo y ser consejero escuchado de la democracia entera.

A pesar de la grande autoridad de Waldeck, Combes comprendió de un modo más riguroso que él la aplicación de la ley sobre las congregaciones, provocando así la resistencia del partido católico.

Después de la muerte de León XIII y la elección de Pío X, la curia romana negóse á reconocer en adelante los nombramientos de obispos acordados en Consejo de ministros, sin previa inteligencia con la Santa Sede.

Con motivo de la discusión del presupuesto de Cultos en el Senado, en 1903, el presidente del Consejo profirió las primeras amenazas de denuncia del Concordato.

Fuera de las luchas sobre las congregaciones y la cuestión religiosa, el Parlamento elaboró y discutió en 1902, 1903 y 1904 una nueva ley militar, que fué promulgada en 1905, sobre el servicio de dos años.

Mientras tanto, se habían desarrollado importantes acontecimientos relacionados con la política exterior de Francia. El 21 de septiembre de 1901, el emperador Nicolás escribió una carta á Loubet invitándole á ir á

cerciorarse personalmente de la unanimidad y del ardor con que Rusia respondía á los sentimientos de Francia. Loubet, acompañado de Delcassé, embarcóse en Brest, el 14 de mayo de 1902, á bordo del *Montcalm*, escoltado por la escuadra del Norte, y llegó el 20 á Cronstadt, donde fué objeto de una entusiasta manifestación. El gran duque Alejo salió en un buque especial al encuentro del *Montcalm*, y para conducir al presidente de la República y su séquito al *Alexandra*, donde le esperaba el emperador.

Los habitantes de Cronstadt son admitidos en lo alto de las murallas y dan hurras que se mezclan con las salvas de artillería. Toda la colonia francesa de San Petersburgo se halla reunida en el puerto de Kital y aclama á los jefes del Estado, mientras una multitud de



Barthou

curiosos, embarcados en una flotilla de dos ó trescientas embarcaciones particulares, les hacen una ovación frenética. Antes de desembarcar del *Montcalm*, el presidente de la República, en compañía del gran duque Alejo, pasa revista á la escuadra alineada en dos filas y se traslada luego, en una embarcación especial, á bordo del *Alexandra*, donde el emperador lo recibe con la mayor cordialidad. Hechas las presentaciones que son del caso y mientras el yate imperial se dirige hacia Peterhof, el emperador y el presidente hablan sentados en un camarote de cubierta. A las doce en punto, el *Alexandra* atraca al pontón de desembarque. El zar presenta Loubet á los grandes duques que los reciben en el muelle. El presidente es alojado en el palacio de Tzarskoie-Selo. Por la noche, el zar ofrece en su honor una comida de gala. El emperador brinda por la prosperidad de Francia, «amiga y aliada» de Rusia, y Loubet por la prosperidad de Rusia, «amiga y aliada» de Francia.

Al día siguiente, el emperador y el presidente de la República pasan una gran revista militar en Krasnoie-Selo. Loubet dedica el día 22 á visitar San Petersburgo y deposita sobre la tumba de Alejandro III una espada con esta inscripción: «*Fœderis memor*, Emilio Loubet, presidente de la República francesa.»

En San Petersburgo no cesan las fiestas durante la estancia del presidente: ovaciones en las calles, función de gala en el Teatro chino de Tzarskoie-Selo, brillantes recepciones organizadas por la población, particular-

mente por la colonia francesa, todo trajo las vivas simpatías por la Francia y por el hombre que la representaba con gran tacto y dignidad.

El 23 de mayo, en el almuerzo de despedida, á bordo del *Montcalm*, Loubet dijo en un breve discurso que las manifestaciones de simpatía entre las marinas rusa y francesa eran como el testimonio de la unión de ambos países y terminó con estas palabras: «Llevaré de mi estancia en este imperio hospitalario un caluroso é imperecedero recuerdo, y Francia, que se ha enterado con alegría del recibimiento hecho á su representante, permanecerá adicta á la alianza, cuya acción bienhechora aprecia Rusia como ella.»

El emperador contestó en estos términos: «Nos es infinitamente grato, á la emperatriz y á mí, volvernos á encontrar en medio de los bravos marinos franceses, y con un placer particular nos sentimos en Francia, á bordo de este buque. Os damos cordiales gracias por vuestra visita, señor presidente, y os suplicamos que transmitáis nuestros más simpáticos mensajes y nuestros mejores votos á Francia, amiga fiel é invariable aliada de Rusia. ¡Brindo por la prosperidad de la gloriosa marina francesa!»

Bajo la impresión todavía de las deslumbradoras solemnidades con que le había honrado el emperador de Rusia, Emilio Loubet, antes de volver á Francia, fué á pasar algunas horas en Copenhague, en la corte familiar del veterano de los soberanos de Europa, el rey Cristián de Dinamarca, que le obsequió con un almuerzo.

Después de haber recorrido la ciudad, cuyos habitantes le hicieron una simpática acogida, Loubet partió para Dunkerque, donde fué recibido por el presidente del Consejo y el ministro de Marina y obsequiado por un banquete de 1.500 cubiertos para celebrar su regreso á Francia.

El 22 de junio de 1902, el presidente de la República fué á presidir en el Mans un concurso federal de gimnástica, y, el 12 de octubre, fué á Valence, acompañado del ministro de Obras públicas, á poner la primera piedra de un nuevo puente sobre el Ródano, destinado á poner en comunicación los departamentos del Drome y del Ardeche. Después de las recepciones oficiales, asistió á un banquete que le ofreció la Cámara de Comercio, y, en contestación á un brindis del presidente de esta entidad, pronunció un patriótico discurso en que aconsejó el fomento de la agricultura para el desarrollo del comercio, el bienestar de los obreros industriales y agrícolas, la unión entre el capital y el trabajo y una protección igual para todos los intereses.

En 1903, Loubet hizo importantes viajes á Argelia, á Túnez y á Inglaterra y recibió en París las visitas de Eduardo VII y de los soberanos de Italia.

Acompañado de los ministros de Negocios Extranjeros y de Marina y del presidente del Senado, Loubet salió de París el 12 de abril para su excursión á Argelia. Fué acogido con entusiasmo por los habitantes de Marsella, donde se le habían unido el presidente de la Cámara y el ministro de Obras públicas el día 13. El día 15 hizo su entrada en el puerto de Argel, saludado por las escuadras rusa, italiana, inglesa y española, que le esperaban en la rada.

En el Palacio de Invierno, Eugenio Etienne, diputa-

do por Orán, presentó al presidente los diputados y senadores de la región, manifestando la alegría que á todos causaba la entusiasta acogida de que era objeto. Loubet recibió luego al presidente de las delegaciones financieras, al presidente del consejo general, á la embajada extraordinaria del sultán de Marruecos y á los comandantes de las escuadras extranjeras, á quienes obsequió con un banquete en el Palacio de verano. El 16, después de la revista pasada en Mustafá, hubo otro banquete en que el presidente historió en un gran discurso la obra de colonización francesa en Argel. En Orán, donde llegó el 17 con los Sres. Fallieres, Etienne y Maruejouis, Loubet recordó que la mayor parte de los colonos del departamento descendían de los proscritos del 2 de diciembre, víctimas del segundo imperio, y añadió que la presencia, á su lado, de varios miembros del gobierno probaban que todo lo referente á Argelia afectaba al mismo tiempo al corazón de Francia. En Sidi-bel-Abbés, contestó en los siguientes términos al coronel del primer regimiento extranjero: «Gracias por haber hecho escribir en mi obsequio la historia gloriosa del primer regimiento de la legión extranjera... La historia de esta legión es toda honor y gloria... La legión sirve de refugio á esos alsacianos y loreneses que consideramos como nuestros hermanos de ayer y nuestros hermanos de hoy y á los extranjeros. Se ha ilustrado en los campos de batalla y he oído hacer su elogio por todos los que la han visto batirse en el Dahomey y en Madagascar...» En Tlemcen, el presidente aseguró á una importante delegación de notables indígenas «que Francia protegía á todos los que residían en el suelo patrio, tanto si eran indígenas como si eran franceses, pero que en cambio esperaba de ellos una abnegación absoluta.» Por la noche, el municipio ofreció un banquete en que el alcalde brindó por el presidente en nombre de la población de Tlemcen, «ciudadela avanzada de Francia en la frontera marroquí;» habló de «la conquista económica de las poblaciones vecinas» y del «saludable efecto» que Tlemcen no podía menos de producir sobre ellas con «el ejemplo del bienestar, de la seguridad, de la libertad religiosa y de la justicia de que disfrutaban, bajo los pliegues de la bandera francesa, los musulmanes de Argel.» En Saida, Loubet dijo al alcalde que había querido dar un testimonio de afecto á los argelinos y particularmente á los colonos que habían aplicado en aquel viejo reducto la divisa: *Ense et aratro*, desarrollando así la obra de los valientes soldados que habían obtenido brillantes victorias para honra del país. En 21 de abril hubo revista de tropas en Orán, una fantasía ejecutada por 4.000 árabes, una *diffa* ó banquete y una recepción de jefes indígenas; en el banquete ofrecido por la administración del ferrocarril del Estado, Emilio Loubet hizo el elogio del personal á quien se debían los excelentes resultados de la explotación.

Después de haber atravesado el pueblo de Margarita, teatro de los disturbios de 1901, y visitado Blidah, transformada en productiva huerta por los colonos, el presidente fué á la Kabília, donde recordó á los jefes indígenas delegados que «la fraternidad del trabajo y la fraternidad de las armas habían creado indisolubles lazos entre ellos y los franceses.» Después de hacer alto en Philippeville y en Constantina, el presidente se de-

tuvo en Setif, donde elogió la laboriosidad de los colonos y su buena inteligencia con los indígenas. El concurso agrícola de Guelma no le dejó indiferente, pero lo que le interesó en grado sumo, el último día de su excursión por la Argelia, fué su entrevista en Bona con el alcalde, Sr. Bertagna, y con el diputado Thomson. El primero repitió lo que había dicho diez años antes en el consejo general de Constantina, esto es, que en aquella provincia había resuelto el problema indígena desechando toda idea de antagonismo entre ambas razas y todo programa de absorción imposible. Thomson dió expresivas gracias al presidente por haber estudiado á fondo al problema relativo á la situación de los indígenas y por haber venido á disipar las malas inteligencias que aun subsistían. Loubet contestó diciendo que había observado una excelente armonía entre los dos elementos de la población y que en todas partes el ejército, la magistratura y la administración estaban á la altura de su misión y de su deber.

Al llegar á Túnez (27 de abril), donde le esperaban los Sres. Delcassé, Mougeot y Pelletán, con el bey Sidi-Mohamed y el presidente general, Sr. Pichón, el presidente, después de un cambio de entrevistas con el bey, recibió al Sr. Homberger, presidente de la Cámara de comercio, que hizo el elogio de los colonos. Loubet contestó felicitándose de la unión que en aquel país reinaba entre todos los franceses, en bien de Túnez y de la madre patria. En el almuerzo ofrecido por el presidente, el bey le confirmó sus sentimientos «de leal amistad.» El presidente contestó con un resumen económico de la Regencia. Una gran revista, seguida del desfile de las cofradías musulmanas, terminó el programa del día.

El 28 de abril, Loubet marchó á Bizerta, en cuyo puerto visitó, el 29, las obras de defensa, embarcándose luego en la *Juana de Arco* para Marsella, donde llegó el 30 y donde le esperaba el almirante Catton con la escuadra americana, encargado de presentarle las simpatías del presidente Roosevelt para el pueblo francés.

VI

El presidente de la República apenas había descansado de las fatigas de su largo viaje por Argelia y Túnez, cuando recibió la visita del rey de Inglaterra, deseoso de borrar la mala impresión y los desagradables recuerdos del incidente de Fachoda, y de sentar las bases de una *cordial inteligencia* entre ambas naciones. El ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Delcassé, y el embajador de Francia en Londres, Sr. Cambón, prepararon la feliz unión que había de abrir una nueva era en la historia de las relaciones entre ambos países.

Francia y París comprendieron que el patriotismo exigía una actitud amistosa, y fué en medio del entusiasmo general que el rey de Inglaterra, acompañado del presidente de la República, atravesó París para ir de la estación del Bosque de Boloña á la embajada inglesa donde se hospedó. Después de un cambio de visitas con el jefe del Estado, Eduardo VII contestó al presidente de la cámara de comercio inglesa de París, que le dió la bienvenida: «Tengo la firme confianza de que han concluido los días de hostilidad entre ambos países, y espero que, en lo futuro, la historia, cuando

estudie las relaciones anglo-francesas durante el siglo en que estamos, no podrá encontrar más que una amistosa emulación en el dominio comercial é industrial; espero que en lo porvenir, como en el pasado, Francia é Inglaterra podrán ser consideradas como campeones de la civilización y del progreso pacífico... La amistad de ambos países es objeto de mis constantes preocupaciones, y cuento, señores, con todos vosotros, que disfrutáis de la hospitalidad francesa en esta magnífica ciudad, para ayudarme á lograr este fin.»

El día terminó con una función de gala en el Teatro Francés.

Al día siguiente, 2 de mayo, hubo revista de tropas en Vincennes, y una visita al palacio del Ayuntamiento, en que el rey declaró que «se sentía como en su



Rouvier

propio país.» Unas animadas carreras de caballos, celebradas en Longchamp, precedieron la comida del palacio del Elíseo. A los postres, el presidente dió las gracias al rey Eduardo por su visita y por aquella manifestación de las relaciones cordiales que existían felizmente entre los dos países. Eduardo VII contestó diciendo, entre otras cosas amables, que celebraba aquella ocasión que había de estrechar los lazos de amistad entre ambas naciones, y deseaba que marchasen juntas por la senda de la civilización y de la paz.

La función de gala en la Opera, que siguió al banquete, fué una brillante solemnidad.

El 3 de mayo, en el almuerzo ofrecido al rey en el ministerio de Negocios Extranjeros, Eduardo VII habló extensamente con los Sres. Delcassé y Waldeck-Rousseau. La comida con que el monarca obsequió al presidente de la República se celebró en la embajada inglesa.

El 4 de mayo, el regio huésped salió de París para Cherburgo donde contestó al cordial saludo del almirante Touchard, diciendo que sentía dejar tan pronto la hospitalaria tierra francesa, pero con la esperanza de volver pronto. A bordo del yate en que iba á regresar á Inglaterra, envió á Loubet el siguiente telegrama:

«Antes de dejar el suelo francés, deseo daros una vez más las gracias muy calurosamente por la acogida amistosa que vos, vuestro gobierno y el pueblo me han dispensado en Francia y durante mi estancia en París, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.— EDUARDO, rey.»